

voces de la astuta serpiente, apénas escuchan sus falaces promesas de que por mas que quebrantaran la prohibicion, no morirían (1), cuando desaparece en un momento de sus ojos todo el horror del horrendo árbol, y no solo les parece su fruto de hermosa vista, sino tambien de sabroso gusto (2). Así pues, Eva extiende inmediateamente su atrevida mano, coge el fatal fruto y lo alarga al incauto consorte, quien ya lo acerca á sus labios y lo gusta. ¡Ó desventuradísimo Padre, ya has muerto! sí, ya has muerto! ; Bien pronto verás en otro ántes que lo experimentes en ti mismo, las terribles consecuencias de tu horroroso ejemplo, y entónces sí que viendo confirmadas las divinas amenazas en los apagados ojos de tu muerto Abel, en sus cabellos teñidos de fresca sangre y en su pálido y descolorido semblante, abrirás, ó miserable, aunque demasiado tarde, los ojos para conocer y llorar á un tiempo tu enorme culpa!

Pues ahora, amados fieles, de este acto de tierna misericordia en el ejercicio mismo de su severa justicia que usó con Adán nuestro clementísimo Dios, y de este poderoso expediente de advertirle su exceso se vale tambien la Iglesia en la actual ceremonia de las sagradas cenizas. Ve ella y conoce claramente que gran parte de sus hijos osan permanecer en su grande enemistad con Dios por no sé qué persuasion en que están, acaso sin saberlo, ó sin repararlo ellos mismos, de cierta especie de inmortalidad, no absoluta, por manera que crean estar siempre libres del golpe de la muerte, sino limitada, por decirlo así, á ciertos tiempos y á determinadas circunstancias. Basta oírles discurrir: será necesario, dice uno, partir alguna vez de este mundo. Quién puede dudarle? Pero ¿es posible que esto ha de ser justamente en la flor de mi edad y de mi robustez? Y así persuadido de que debe morir, no lo está de que puede tambien morir jóven. Yo, añade otro, tengo que dar sin duda el mismo paso; mas ¿es posible que esto ha de ser precisamente ahora en el tiempo mas próspero y en que se me muestra mas propicia la fortuna? Y así persuadido de que ha de morir, no lo está de que puede morir en medio de sus esperanzas. Y para qué he de lisonjearme? replica otro: mi suerte será la de todos y tambien moriré; pero ¿es posible que no ha de concedérseme tiempo á lo ménos para concluir este negocio? Es po-

(1) *Nequaquam morte moriemini.* Gen. c. 3. v. 4.

(2) *Ibid.* v. 6.

sible? Ah! no, no es posible. En ninguna manera, añade el demonio con sus falaces lisonjas, para acrecentar las del amor propio, en ninguna manera moriréis (1).

Para desengañarnos pues de estas falsas ideas de inmortalidad temporal, llamémosla así, levanta hoy la santa Iglesia su voz, intimándonos á todos con las tremendas palabras del Señor que sin remedio alguno seremos convertidos en polvo por la muerte (2). Y ¿qué hace oportunamente á su intento de vernos pronto humillados? Intimarnos nuestra fatal muerte, teniéndonos ocultas todas las circunstancias respectivas al modo, lugar y tiempo, á fin de que miéntras ignoramos, cuándo ha de ejecutarse en cada uno de nosotros una sentencia que infaliblemente se ha de ejecutar, vivamos á toda hora, como si en toda hora se hubiese de llevar á ejecucion (3). Por tanto te dice á ti, jóven, que te has de convertir en polvo sin prometerte que no ha de suceder en medio de los desenfrenos de tu juventud: te lo dice á ti tambien, anciano, sin darte palabra de que no te ha de sorprender la muerte justamente en este año, que te lisonjeas de añadir todavía á tu vejez; y nos lo dice en fin á cada uno de nosotros sin darnos ni un momento de seguridad.

Ó anados oyentes míos! ¿os digo yo por ventura cosas de las cuales no hayáis sido vosotros mismos, y acaso muchas veces, testigos y espectadores? ¿No se lloran todos los dias vidas preciosas de sugetos respetables, que siega con su guadaña la muerte, y que las siega de improviso y en todo tiempo? ¿De qué parte de la tierra no podrán referirse y ponerse á la vista muchos de tan funestos ejemplos? Ah! que adonde quiera que vuelva la vista, paréceme ver el pavimento de aquel famoso templo de Babilonia, erigido en honor de una falsa deidad, todo rociado una noche de un menudísimo polvo por el sagaz profeta Daniel. Apénas habia aclarado el día y se habian abierto las puertas, cuando entraba sin ningun rezelo y segun su costumbre el engañado monarca de aquella gran metrópoli; pero deteniéndole oportunamente el profeta en el umbral, le dijo: dignáos, señor, de reconocer ante todo de quiénes son estas huellas que yo veo estampadas por todo el suelo (4): medio cuerdo

(1) *Nequaquam morte moriemini.*

(2) *In pulverem reverteris.*

(3) *Ut dum nescitur,* (oportunísima reflexion del abad Ruperto) *quando sit que sine dubio futura est, semper sollicitum reddat.*

(4) *Animadvertite cujus vestigia sunt hæc.* Dan. c. 14. v. 18.

é inspirado por Dios, de que se valió entonces Daniel, á fin de hacer patentes los fraudes, maldades y simulados artificios de los impíos ministros de aquel falso númen, y del que yo quiero valerme ahora para poner en claro la importantísima verdad que os anuncio. Hé aquí, fieles, que os pongo á la vista la vasta superficie de esta tierra, cubierta toda de cenizas humanas de los que en su camino las dejaron á la espalda, dejando tambien algunos vestigios de sí mismos, es decir, su memoria. Mirádlas con bastante atencion, miéntras que yo triste y dolorido os pregunto: de quiénes son estas cenizas? á quienes pertenecen? Hacéd que yo las conozca, y que teniéndolas en la mano pueda mostrarlas y decir: son de tal persona, aquí están; ó á lo ménos hacéd por reconocerlas vosotros mismos, y despues de haberlas mezclado bien y buscado á vuestra satisfaccion, mani estádme, separadas de las demas, las cenizas de aquel vuestro ascendiente ó de aquel vuestro mas estimado amigo. Pero, ah! que mezcladas y confundidas ya no las podéis distinguir ó conocer, ni podéis dar otra respuesta fuera de la que dió á Daniel el mencionado rey de Babilonia: veo huellas de hombres, de mujeres y de niños (1): esto es, que vosotros no veis ya sino miserables y viles reliquias de personas de todas edades, de todas clases y de ambos sexos; reliquias de tiernos é inocentes infantes que eran la única esperanza y el único consuelo de sus padres; reliquias de hermosas y altivas mujeres á quienes perdieron los obsequios, la pompa, el fausto, la vanidad y la soberbia; reliquias de hombres valerosos y magnánimos, que dejaron los cargos, las dignidades, los mandos, las diademas y las coronas. ¡Ó miserable y caduca suerte la de las humanas esperanzas! ¡Ó fiera é implacable espada la de la divina justicia, que á todos indiferentemente persigue, y ya destina una cabeza al sacrificio, ya otra, sin ningun respeto ni ninguna piedad!

Con razon pues la santa Iglesia haciendo resonar hoy en los labios de sus sacerdotes las voces proféticas de Joel, llama y convida á la penitencia á todos sin exceptuar á ninguno, no ménos á los mas robustos que á los mas débiles de complexion, no ménos á los ministros del altar que al presente pueblo, no ménos á los niños que reciben su alimento de los pechos de sus propias madres, que á los que se han encanecido á fuerza

(1) *Video vestigia virorum, et mulierum, et infantium.* Ibid. v. 19.

de una larga edad, y hasta á los esposos mas alegres y á las esposas mas delicadas (1). Por tanto ¿quién de nosotros querrá eximirse de hacer penitencia, ó esperar algun otro tiempo para ella, si la muerte amenaza igualmente á todos, y acaso el tiempo nos faltará? Mas cómo digo, nos faltará? No nos falta ya el tiempo al presente? Y ¿no nos falta de modo que puede decirse con verdad, que no solo estamos amenazados de la muerte, sino que de hecho morimos todos los días? Y ¿no hemos ya muerto en orden á todo el espacio de vida que hemos corrido? Y ¿no continuamos incesantemente muriendo respecto al espacio de vida que siempre corremos? ¡Válgame Dios, y qué presa ha hecho la muerte en tantos años que se han desvanecido! ¡Qué presa ha hecho la muerte en las fuerzas que están para acabarse! ¡Qué presa en la flor de la hermosura que se empieza á marchitar! ¡Qué presa en la memoria que principia á flaquear, en el ingenio que se va entorpeciendo cada dia, y en el espíritu que ya experimentamos tener ménos vigor! ¡Qué presa, cuando otra no lo sea, y presa certísima ha hecho la muerte en los años de nuestra infancia, en aquellos años los mas felices, por ser los mas inocentes! Y ¿qué, esperaremos por ventura el último momento de nuestra vida, que mucho mejor deberíamos llamar el último momento de nuestra muerte? Ah, mis amados pecadores! no es ya tiempo, no, de diferir la penitencia: comencemos ahora á hacerla, comencemos ahora os digo, pues el tiempo justamente lo exige, la Iglesia lo manda, Dios os estimula y el mundo mismo lo aprueba. Bastante tiempo hemos consagrado á nuestros apetitos, bastante á las disoluciones, bastante á los placeres sensuales, bastante al pecado (2). Basta que en los dias pasados nos hayamos conformado sobremanera con los criminales usos de la gentilidad, no sin gran deshonor del cristianismo. ¿Hirvieron en ellos de voluptuosos manjares los banquetes? pues suceda ya á una voluptuosa hartura un abstinente ayuno. ¿Con el vino y las embriagueces se inundaron y alborotaron las tabernas? pues compénsense ahora estos excesos con una templada sobriedad. ¿Los juegos,

(1) *Vocate catum, congregare populum, sanctificate Ecclesiam, coadunate senes, congregare parvulos, et sugentes ubera: egrediatursponsus de cubili suo, et sponsa de thalamo suo.* Joël, c. 2. v. 15. et 16.

(2) *Sufficit præteritum tempus, concludit con san Pedro, ad voluntatem gentium consummandam his, qui ambulaverunt in luxuriis, desideriiis, vinolentiis, comessionibus, potationibus.* I. Petr. c. 4. v. 3.

el lujo, las pompas nos abrieron la mano para excesivos gastos? pues ábrala ahora para hacer abundantes limosnas una tierna compasion de los pobres; y si una extremada ansia por los placeres nos llevaba desatinados á los espectáculos, á los teatros y á los bailes. un amor mas recto al recogimiento y á la devocion nos conduzca á los oratorios y á las iglesias. En fin acuérdate, hombre, que eres polvo, y sírvate la memoria de tu bajeza para convertirte á Dios con una conversion la mas sincera. Acuérdate tambien que serás polvo, y sírvate la memoria de tu fragilidad, para resolverte á convertirte á Dios con una conversion la mas pronta.

SEGUNDA PARTE.

¿Habré yo acertado, señores míos, si pienso que tal vez á la mayor parte de vosotros he parecido esta mañana á lo ménos un hombre indiscreto, porque en el primer dia, cuando aún tenéis la cabeza aturdida con la algazara apénas concluida de las carnestolendas, exijo que pongáis de una vez toda la atencion en el mas serio, en el mas grave y en el mas difícil de cuantos negocios os pueden ocurrir, cual es la conversion sincera del corazon á Dios? Mas perdonád, amados fieles, este impaciente y fogoso zelo que nuestro amorosísimo Dios al enviarme á vosotros se dignó inflamar en mi corazon; zelo que no me ha dado lugar á semejantes reflexiones, y por el que me parece poder decir con el Apóstol, que de muy buena gana daré cuanto tengo, y me daré á mi mismo por vuestras almas (1).

Y por otra parte ¿he hecho yo mas que convidaros en nombre de vuestro ultrajado Padre y Señor, á que os reconciliéis con él, añadiendo los motivos de hacerlo que os propone vuestra madre la Iglesia? Si el hacerlo todo de una vez y tan presto os parece demasiado, ¡ah, qué engañados estáis y qué poco conocéis vuestro bien! Antes por el contrario así se debe hacer, así conviene y así es fácil hacerlo; y si el hacerlo así os parece demasiado, tambien os parecerá demasiado solamente el prepararos, solamente el comenzar y el reunir vuestros vagos y dispersos pensamientos para dirigirlos todos únicamente

(1) *Libentissime impendam, et superimpendar ipse pro animabus vestris.* II. Cor. c. 12. v. 15.

á este, que es el mayor de vuestros intereses, y al modo de llevarlo á ejecucion.

Concedáscos en hora buena que es difícil; mas por esto justamente es necesario aplicarse á ello con tiempo. Es difícil, ó mas bien imposible, si se considera como una obra que haya de depender de vuestras únicas fuerzas naturales y ordinarias; pero no es imposible á la verdad ni muy difícil, si se considera como una obra, cuya mayor y principal parte toca á la gracia de aquel mismo Señor que la pide y la quiere. Mas ¿cuándo, cristianos, tendréis vosotros, ó mas sólido fundamento para esperar esta gracia, ó mas fuerte razon para pedirla, ó mas poderoso motivo para impetrarla que al presente? Ah! no permita Dios que os tenga oculta una inspiracion oportuna, con que él mismo para gran consuelo vuestro ilumina ahora mi espíritu. Yo os veo á todos en la frente las sagradas cenizas, que recordándoos vuestra vilísima condicion y vuestra miserable fragilidad, os ofrecen dos motivos ó dos estímulos poderosísimos, para que os volváis prontamente á Dios con una conversion leal y verdadera. Pues ahora sabéd que esta misma vileza vuestra y esta vuestra fragilidad, que os traen á la memoria las sagradas cenizas, y que son para vosotros incentivos de penitencia, son tambien incentivos para Dios é incentivos eficacísimos para daros prontamente una copiosa gracia con que la hagáis. No burlo vuestras esperanzas, oyentes míos, ni os entretengo con vanas y lisonjeras ideas. Oíd y concluyo.

Impelido de un entusiasmo profético el real Salmista, al acordarse de la misericordia del Señor que tantas veces habia experimentado, hablaba con su alma arrebatado de su fervor diciendo: «canta himnos, alabanzas y bendiciones á tu Dios, que se muestra propicio con tus culpas, y cura y sana tus enfermedades; y que redime tu vida de las fauces de la muerte y te colma de misericordia y de piedades. Ya no se inflamará contra ti de una inextinguible ira, ni pronunciarán sus labios eternas amenazas contra nosotros. Esto en realidad merecian nuestras culpas, pero no nos ha tratado segun nuestras maldades. Hasta la altura del cielo elevó su misericordia, y como padre amantísimo de sus hijos, se compadeció de nuestros males. Y por qué? Porque se acuerda al fin que somos polvo (1). No basta.

(1) *Quoniam... recordatus est, quia pulvis sumus.* Psalm. 102. v. 14.

Y porque se acuerda ademas que aquel espíritu que pasó á animar este polvo, no estará ya encerrado mucho tiempo, sino que se desaparecerá bien pronto hasta no reconocer aquel mismo cuerpo en que estuvo preso (1). » Así tan fácilmente se apiada Dios de nosotros, porque somos miserables y mortales.

Por tanto, católicos, aumentád vuestras esperanzas, y despues de haberos humillado con las cenizas que tenéis en la frente reconociendo en ellas vuestra bajeza y fragilidad, volvéos á vuestro Criador, y presentádoselas, decid incesantemente con el santo Job : acuérdate de que como barro me hiciste y que á polvo me reducirás (2). Señor, vos me mandáis que me acuerde que soy polvo, y dándome á conocer la soberbia de mi pecar en la vileza de mi ser, me estimuláis á convertirme sinceramente á vos. Yo me acuerdo ; pero acordáos vos tambien que vos mismo me habéis formado de polvo, y así dadme la gracia para convertirme. Me mandáis asimismo, me acuerde que he de volver á ser polvo, y haciéndome conocer en lo frágil de mi vida mi mortalidad, me estimuláis á que no retarde ni un momento el convertirme á vos. Tambien me acuerdo de esto, Dios mio ; pero acordáos vos igualmente que á este polvo, cuando quiera que sea, me reduciréis vos mismo, y así no retardéis ni un momento darme la gracia para convertirme. En suma, Señor, acordáos de aquello mismo de que queréis que nosotros nos acordemos. Sí, acordáos que nosotros infelices somos polvo y que polvo seremos ; pero que tales somos y seremos, porque tales nos habéis formado vos mismo. Así que desde este primer día de la santa cuaresma osamos implorar con la súplica de nuestra madre la Iglesia, que nos dispenséis pronta y abundantemente vuestra misericordia (3), para que de este modo convertidos piadosamente por vos, nos convirtamos todos á vos (4). Así sea.

(1) *Quoniam spiritus pertransibit in illo, et non subsistet, et non cognoscel amplius locum suum.* Ibid. v. 16.

(2) *Memento quod sicut lutum feceris me, et in pulverem reduces me.* Job, c. 10. v. 9.

(3) *Cito anticipent nos misericordiae tuae.* Psalm. 78. v. 8.

(4) *Converte nos, Domine, ad te, et convertemur.* Thren. c. 5. v. 21.

SERMON

SOBRE

EL PERDON DE LAS INJURIAS.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE CENIZA (1).

(DE MASSILLON.)

Audistis quia dictum est antiquis : Diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis : Diligite inimicos vestros.

Habéis oído que se dijo á los antiguos : amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo : amad á vuestros enemigos.

S. Mateo, c. 5. v. 43 y 44.

Comunmente se cree que el Legislador de los judíos usó de una especie de condescendencia y de cuidado al tiempo de publicar la ley del perdón de las ofensas, y que obligado á contemporizar con la flaqueza de un pueblo carnal, y persuadido ademas de esto á que entre todas las virtudes el amor de los enemigos era la que costaba mas repugnancia al corazón del hombre, se contentó con regular la venganza y ponerle límites ; no porque quisiese con esto, como dice san Agustín, autorizar los males menores, para precaver los mayores excesos. Esta ley, como todas las demas, tenia su santidad, su bondad y su justicia ; pero mas era un estatuto político, que una regla de piedad : era muy á propósito para mantener la tranquilidad exterior del estado ; pero no tocaba al corazón y no llegaba á la raíz de los rencores y de las venganzas. Con ella solo se intentaba contener al agresor, amenazándole con la misma pena con

(1) Para este día se ha puesto un sermón en la pág. 393 del tomo tercero de los de *Mision*, que trata de la importancia de salvarse ; y en las págs. 1, 220 y 240 del segundo hay tres, que versan sobre la misma materia que este y el siguiente.